

NÓRDICA

Knut Hamsun
VICTORIA

Traducción de Kirsti Baggethun y
Asunción Lorenzo

EL HIJO
EL MOLINERO
EROI BAK
ANDOM
RASCA
NABAR
UN MUCHO
OALTA
TORCE
CURT
PORELS
YEL VIENTO Y C



VICTORIA

Knut Hamsun

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo



Título original: *Victoria*

© Gyldendal Norsk Forlag AS 1898

[All rights reserved]

© De la traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Edición en ebook: abril de 2014

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-16112-13-5

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenido

Portadilla

Créditos

Autor

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

Contraportada



Knut Hamsun

(1859 - Grimstad, 1952)

Knut Hamsun (seudónimo de Knut Pedersen; Lomnel Gudbrandsdal, 1859 - Grimstad, 1952). Seudónimo de Knut Pedersen. Novelista noruego. Ejerció las profesiones más diversas: aprendiz de zapatero en Bodø, y luego, siempre en la Noruega septentrional, carbonero, maestro de escuela, picapedrero, empleado comercial, vendedor ambulante y escribiente de un puesto de policía.

En 1882 emigró a Estados Unidos y, a su vuelta, en 1888, publicó su primera novela, *Hambre*, que le proporcionó una celebridad inmediata.

Su admiración por la vida bucólica y su rechazo a la gran ciudad lo llevarían a pasar grandes etapas de su vida en una cómoda cabaña del bosque. Fruto de esta época son sus obras *Pan* y *La bendición de la tierra*, por la que recibió en 1920 el Premio Nobel de Literatura. En esta misma colección han aparecido *Victoria* y su magnífica biografía *Hamsun, Soñador y Conquistador*.

I

El hijo del molinero iba pensando mientras caminaba. Era un muchacho alto de catorce años, curtido por el sol y el viento, y con la cabeza llena de toda clase de ideas.

De mayor quería fabricar cerillas. Sería maravillosamente peligroso, podría llegar a tener tanto azufre en los dedos que nadie querría darle la mano para saludarlo. Gozaría de gran respeto entre sus compañeros por su siniestro oficio.

Iba buscando a sus pájaros por el bosque. Los conocía a todos, sabía dónde se encontraban sus nidos, entendía sus trinos y les respondía con diversos gritos. Más de una vez les había dado bolas de harina del molino de su padre.

Todos los árboles que bordeaban el sendero le eran familiares. En la primavera les extraía la savia y en el invierno era para ellos como un pequeño padre, les quitaba la nieve para ayudarlos a que sus ramas se enderezaran. En la cantera de granito abandonada ninguna piedra le era extraña, había grabado letras y signos en ellas y las había levantado, organizándolas como una congregación en torno a su pastor. Toda clase de cosas extraordinarias tenían lugar en esa vieja cantera de granito.

Se desvió del camino y llegó a la laguna. El molino estaba en marcha, y un inmenso y ensordecedor ruido lo envolvió. Tenía la costumbre de ir por ahí hablando en voz alta consigo mismo; para él era como si cada rizo de espuma le hablara de su pequeña vida propia, y, junto a la esclusa, el agua caía en vertical como un resplandeciente tejido puesto a secar. En la laguna, bajo la cascada, nadaban los peces; había ido allí muchas veces con su caña.

De mayor quería ser buzo. Eso era lo que quería ser, descender hasta las profundidades del mar desde la cubierta de un barco y llegar a reinos desconocidos, donde se mecían grandes y extraños bosques y en cuyo fondo habría un palacio hecho de coral. Y la princesa le haría señas con la mano desde una ventana diciéndole: ¡Entra!

Entonces oye su nombre tras él; es su padre que le grita: Johannes.

Ha llegado un mensaje para ti del Castillo ¡Tienes que llevar a los jóvenes en la barca hasta la isla!

Se alejó rápidamente. Al hijo del molinero le había sonreído de nuevo la suerte.

En el verde paisaje, «la casa solariega» parecía un pequeño castillo, por no decir un increíble palacio en medio de la soledad. La casa en sí era un edificio de madera pintada de blanco, con muchas ventanas arqueadas en las paredes y en el tejado. Y en su torre redonda ondeaba una bandera cuando había huéspedes en la casa. La gente la llamaba «el Castillo». Más allá estaba la bahía y al otro lado se extendían grandes bosques; muy a lo lejos se divisaban algunas pequeñas casas de campesinos.

Johannes acudió al muelle y acomodó a los jóvenes en la barca. Ya los conocía, eran los hijos del «castellano» y sus amigos de la ciudad. Todos llevaban botas altas para andar por el agua, pero a Victoria, que solo llevaba unos pequeños zapatos bajos y que encima no tenía más de diez años, hubo que llevarla en brazos cuando atracaron en la isla.

¿Te llevo yo?, preguntó Johannes.

¡Permíteme a mí!, dijo Otto, el joven de la ciudad, que tenía la edad de hacer la confirmación, cogiéndola en brazos.

Johannes se quedó mirando cómo el otro la llevaba hasta la orilla y oyó que ella le daba las gracias. Otto dijo a

Johannes:

Bueno, supongo que tú te ocuparás de la barca... por cierto, ¿cómo se llama este?

Johannes, contestó Victoria. Sí, él se ocupará de la barca.

Él se quedó allí. Los demás se fueron hacia el interior de la isla con cestas en las manos en busca de huevos. Permaneció un rato pensando; le hubiera gustado mucho acompañar a los jóvenes, podrían haber arrastrado la barca hasta la tierra. ¿Demasiado pesada? No era demasiado pesada. Dio un puñetazo en la barca y la arrastró un poco.

Oyó risas y charlas procedentes del grupo que se alejaba. Bueno, adiós y hasta luego. Pero podrían habérselo llevado con ellos. Podría haberlos conducido a nidos que solo él conocía, extraños agujeros escondidos en las rocas, habitados por aves de rapiña con pelos en el pico. Una vez también había visto un armiño.

Empujó de nuevo la barca hasta el agua y remó hasta la otra parte de la isla. Llevaba remando un buen rato cuando oyó que lo llamaban:

Vuelve donde estabas. Estás asustando a los pájaros.

Solo quería enseñaros dónde vive el armiño, contestó. Aguardó unos instantes. Y después podríamos ir a ahumar el nido de las víboras. He traído cerillas.

No obtuvo respuesta. Dio la vuelta y remó hasta donde habían atracado. Sacó la barca del agua.

Cuando fuera mayor compraría al sultán una isla y prohibiría la entrada en ella. Un cañonero protegería sus costas. Su señoría, vendrían a comunicarle los esclavos, un barco ha naufragado con la tormenta, está embarrancado en el arrecife, los jóvenes que se encuentran a bordo van a morir. ¡Dejad que mueran!, contesta él. Su señoría, están pidiendo ayuda a gritos, aún podemos salvarlos, y hay entre ellos una mujer vestida de blanco. ¡Salvadlos!, les ordenó con voz de trueno. Vuelve a ver a los hijos del castellano después de muchos años y Victoria se postra a sus pies

para agradecerle el salvamento. No hay de qué, contesta él, solo he cumplido con mi deber; pueden ustedes andar libremente por mis tierras. Y permite que se abran al grupo las puertas del palacio, les sirve comida en fuentes de oro, y trescientas esclavas negras cantan y bailan durante toda la noche. Pero cuando los hijos del castellano se disponen a partir, Victoria no es capaz, se postra ante él sollozando que lo ama perdidamente. Deje que me quede aquí, mi señor, no me rechace, conviértame en una de sus esclavas...

Johannes se apresura hacia el interior de la isla, helado hasta la médula de emoción. Sí, de acuerdo, salvaría a los hijos del castellano. Quién sabe, tal vez se hayan perdido ya en la isla. Tal vez Victoria haya quedado atrapada entre dos piedras sin poder salir. Todo lo que él tendría que hacer sería extender un brazo y liberarla.

Pero los jóvenes lo miraron sorprendidos cuando lo vieron llegar. ¿Había abandonado la barca?

Te hago responsable de la barca, dijo Otto.

¿Queréis que os enseñe dónde crecen las frambuesas?, preguntó Johannes.

El grupo callaba. Victoria aceptó enseguida la oferta.

¿Dónde?

Pero el señorito de la ciudad se repuso enseguida y dijo:

No podemos perder el tiempo en eso ahora.

Johannes insistió:

También sé dónde encontrar conchas.

Nuevo silencio.

¿Hay perlas dentro?, preguntó Otto.

¡Imaginaos que las hubiera!, exclamó Victoria.

Johannes contestó que eso no lo sabía; pero las conchas se encontraban muy lejos, dentro de la arena blanca, había que ir en la barca y bucear para encontrarlas.

La idea fue rechazada entre risas, y Otto sentenció:

Buen buzo estás tú hecho.

Johannes empezó a respirar con dificultad.

Si queréis, puedo subir a aquella montaña y hacer rodar una inmensa piedra dentro del mar, dijo.

¿Por qué?

Por nada. Así podríais verlo.

Tampoco esa propuesta fue aceptada, y Johannes calló avergonzado. Luego se puso a buscar huevos alejado de los demás, en otra parte de la isla.

Cuando estuvieron todos reunidos de nuevo junto a la barca, Johannes tenía muchos más huevos que el resto, y los llevaba con mucho cuidado en la gorra.

¿Cómo puede ser que hayas encontrado tantos?, preguntó el señorito de la ciudad.

Sé dónde están los nidos, contestó Johannes satisfecho. Los pongo con los tuyos, Victoria.

¡Para!, gritó Otto. ¿Por qué?

Todos lo miraron. Otto señaló la gorra y preguntó:

¿Quién nos asegura que esa gorra está limpia?

Johannes no contestó. Su alegría se había desvanecido en un instante. Empezó a alejarse hacia el interior de la isla con los huevos.

¿Qué le pasa?, ¿Adónde va? pregunta Otto impaciente.

¿Adónde vas, Johannes?, grita Victoria, corriendo tras él.

Él se detiene y contesta en voz baja:

A devolver los huevos a sus nidos.

Permanecieron unos instantes mirándose el uno al otro.

Esta tarde subiré a la cantera, dijo.

Ella no contestó.

Podría enseñarte la cueva.

Sí, pero me da mucho miedo, contestó la muchacha. Dijiste que era muy oscura.